

## **DE LA PROTECCIÓN SOCIAL A LAS ECOLOGÍAS EXISTENCIALES DE SOSTENIMIENTO: LA NOCIÓN DE SOPORTES EN ROBERT CASTEL Y DANILO MARTUCCELLI**

Andrés Durán Pereira<sup>1</sup>

### **Resumen:**

Este artículo examina la noción de soportes en la sociología de Robert Castel y Danilo Martuccelli con el propósito de reconstruir sus principales alcances teóricos y discutir su relevancia para comprender los modos en que los individuos logran sostener su existencia en sociedades modernas atravesadas por la incertidumbre, la desestabilización y la fragilización de los vínculos institucionales. El texto plantea que, si bien ambos autores comparten la crítica a la representación moderna del individuo autosuficiente, sus aproximaciones difieren en la escala analítica y en la naturaleza de los soportes privilegiados. En Castel, los soportes remiten principalmente a la propiedad social, el Estado social y la seguridad asociada a la sociedad salarial, que configura una matriz estructural de protección e integración. En Martuccelli, en cambio, los soportes se pluralizan y adquieren formas heterogéneas, visibles o invisibles, legítimas o estigmatizadas, institucionales o relacionales, cuya inteligibilidad exige atender las ecologías existenciales personalizadas de los actores. A partir de esta comparación, el artículo argumenta que una sociología de los soportes permite problematizar tanto las condiciones sociales de producción del individuo como las formas de dependencia, interdependencia y vulnerabilidad que la modernidad tiende a ocultar. Finalmente, se sugiere que el cruce entre ambas perspectivas ofrece una clave fecunda para pensar las sociedades latinoamericanas, donde el Estado aparece simultáneamente como soporte estructural

---

<sup>1</sup> Chileno. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Correo electrónico: andres.duran@uacademia.cl

anhelado y como presencia históricamente intermitente, mientras que los vínculos cotidianos y relacionales adquieren un papel central en el sostenimiento de la vida.

**Palabras clave:** soportes, individuación, Robert Castel, Danilo Martuccelli.

## **FROM SOCIAL PROTECTION TO EXISTENTIAL ECOLOGIES OF SUSTENANCE: THE NOTION OF SUPPORTS IN ROBERT CASTEL AND DANILO MARTUCCELLI**

### **Abstract:**

This article examines the notion of supports in the sociology of Robert Castel and Danilo Martuccelli, aiming to reconstruct its main theoretical implications and discuss its relevance for understanding how individuals sustain their existence in modern societies marked by uncertainty, destabilization, and the weakening of institutional bonds. The article argues that although both authors share a critique of the modern representation of the self-sufficient individual, their approaches differ in analytical scale and in the type of support they emphasize. For Castel, supports is mainly linked to social property, the welfare state, and the security provided by wage society, thus configuring a structural matrix of protection and integration. For Martuccelli, by contrast, supports become pluralized and take heterogeneous forms—visible or invisible, legitimate or stigmatized, institutional or relational—whose intelligibility requires attention to the personalized existential ecologies of actors. Through this comparison, the article argues that a sociology of supports makes it possible to problematize both the social conditions of individual production and the forms of dependence, interdependence, and vulnerability that modernity tends to conceal. Finally, it suggests that the intersection between both perspectives offers a productive lens for thinking about Latin American societies, where the State appears simultaneously as a desired structural supports and as a historically intermittent presence, while everyday and relational bonds play a central role in sustaining life.

**Keywords:** supports, individuation, Robert Castel, Danilo Martuccelli

## **La experiencia de la modernidad y el surgimiento de la pregunta sociológica por los soportes**

Toda consideración sociológica acerca de la naturaleza de los soportes que permiten al individuo dar consistencia a la vida, en algún momento se topa con el problema de la modernidad y de lo que se instituye con ella hasta nuestros días. Todo ocurre como si la sola pregunta por aquello que nos permite sostenernos en el mundo fuera, al mismo tiempo, una interrogación acerca de la sociedad en que justamente esa pregunta cobra sentido. Si ambos asuntos van de la mano es porque la modernidad puede interpretarse, antes que todo, como una experiencia que arroja al actor a las vicisitudes de un mundo incierto todavía por conocer, y en el que ha de navegar, no sin dificultades, para intentar mantenerse a flote (Martuccelli, 2013). Por su relevancia, tal experiencia de modernidad ha sido documentada por las ciencias sociales y la filosofía desde sus orígenes. En tal empeño, a veces el acento ha sido puesto en el devenir ilustrado del mundo, allí donde progresivamente la confianza en la conducción de la vida queda depositada en el lado de la razón (Casullo et al., 1997). En otras ocasiones, el énfasis ha quedado situado en el desarrollo de la técnica, en la medida en que grados importantes de especialización tecnológica habilitaron controles específicos de la vida en sociedad (Habermas, 1984). En otros momentos, se destaca el advenimiento de formaciones políticas liberales como parte importante de la época moderna, allí donde nuevos valores, como el de la libertad y la igualdad, fueron promovidos en diferentes lugares del mundo con el ánimo de escapar a las lógicas de un mundo gobernado por la tradición (Foucault, 2008).

Ahora bien, en lo que respecta al problema sociológico de los soportes, podemos considerar al menos dos elementos relevantes. En primer lugar, que *modernidad* dice relación con la conciencia adquirida de vivir un tiempo presente que se distancia del pasado, allí donde es esa misma diacronía la que permite afirmar una cierta identidad novedosa de ‘lo actual’. En ello, modernidad querrá decir que se tiene la posibilidad de mirar hacia atrás en términos históricos y apreciar, en ese ejercicio, el espesor de un amplio recorrido que marca dos puntos de una trayectoria: el que indica un comienzo de un nuevo mundo en términos culturales y políticos, y aquel espacio otro de la sociedad de ayer, donde la modernidad todavía no habría llegado (Bauman, 2015). Calificada usualmente desde las ciencias sociales con el término

*comunidad*<sup>2</sup>, es la misma conciencia de distancia lo que prontamente habilitó una serie de preguntas importantes: ¿cuánto nos hemos distanciado de las formas tradicionales de vida?, ¿de qué modo nos hemos transformado, individual y colectivamente, en el tránsito que va de un espacio cultural a otro?, ¿en qué medida nos hemos podido liberar de las dependencias a las que nos tenía acostumbrado la vida en comunidad y que impedían la emergencia de nuestras libertades modernas? Este primer punto indica que alejarse de la comunidad fue el equivalente histórico de mirar hacia atrás y ponderar la posibilidad de desprenderse de escenarios en que la vida se torna totalizante, allí donde las relaciones entre los individuos aparecen rutinarias y sujetas siempre a la autoridad de la tradición.

En segundo lugar, si ha de considerarse la modernidad como una verdadera experiencia respecto del estar en el mundo, ello ocurre cuando su complejidad cultural, social y política logra afectar la vida cotidiana de los actores (Martuccelli, 2007). Esto quiere decir que su configuración histórica cobra relevancia cuando el cúmulo de preguntas por la actualidad comienzan a presentarse también como un conjunto de inquietudes por el presente concreto de vida del sujeto moderno, en tanto y en cuanto es la vida ordinaria del individuo la que se ve interpelada en el marco de transformaciones socioculturales que expresan ruptura, escisión o discontinuidad en las trayectorias. Si en teoría la vida tradicional en comunidad apareció inscrita en los registros de un todo armonizado que orientaba la acción del individuo, la experiencia ordinaria de vida de la persona prontamente conoció el rigor de un cambio de época marcado por fracturas, incertidumbres y desestabilizaciones persistentes en el tiempo (Dubet, 2010). Vale decir que, leídas las experiencias desde el punto de vista cotidiano, los términos que se imponen, llegada la modernidad, expresan con fuerza el tenor del acontecimiento: la vida prontamente ha sido inoculada de vacíos, desajustes e incertidumbres que no dejan de tensionar al actor y sus relaciones con los demás (Berman, 2011).

Pues bien, es en este escenario que la pregunta sociológica por los soportes ha tenido lugar: ¿cómo se logra sostener el individuo cuando las costumbres y tradiciones que lo acompañaron por mucho tiempo se ven profundamente interpeladas, habida cuenta del paso

---

<sup>2</sup> Si Ferdinand Tönnies (1947) fue uno de los primeros sociólogos empeñados en distinguir la “comunidad” de la “sociedad”, tal distinción, no exenta de problemas, ha dado lugar a una serie de discusiones intelectuales que incluso exceden el exclusivo campo de la sociología. Para un panorama global del problema de la “comunidad” en ciencias sociales, ver Alvaro (2015).

de la comunidad a la sociedad? ¿De qué modo el individuo habilita un sostenimiento de sí en el marco de un nuevo mundo caracterizado por la escisión entre lo subjetivo y lo objetivo? ¿De qué recursos se vale el actor para sostener su existencia en un contexto de alta incertidumbre social? Si las respuestas ofrecidas por el pensamiento sociológico a estas interrogaciones han sido plurales, la inquietud por forjar comprensiones de aquellos elementos que pueden ofrecer consistencia a la experiencia de vida en la sociedad moderna no deja de persistir cuando justamente los cambios acaecidos, en diferentes registros y niveles, promueven la tensión. La sociología de los soportes será una de las vías para esta comprensión.

### **La provisión de soportes en la sociedad salarial: la propuesta de Robert Castel**

El sociólogo francés Robert Castel se adentró en el problema de los soportes del individuo moderno proponiendo una genealogía de lo que llamó la sociedad salarial. Allí examinó con detalle las transformaciones que el mundo del trabajo ha experimentado en el último tiempo e informó sobre un verdadero ascenso de las incertidumbres contemporáneas (Castel, 1997, 2010). En este contexto, su empeño intelectual para pensar los sostenes de la vida moderna giró en torno a la relación entre propiedad privada y propiedad social, o entre trabajo y Estado social, respecto de las cuales examinó las posibilidades efectivas que tienen los actores de convertirse en individuos de pleno derecho. En esta línea, Castel (1997) parte de una consideración casi antropológica de doble entrada: para existir positivamente, el individuo moderno requiere de elementos protectores que lo acompañen a lo largo de su vida. Pero también, para que una sociedad se mantenga cohesionada, requiere de individuos resguardados ante los diferentes riesgos que se pueden presentar. Tanto si se trata de pensar los procesos de individuación –la producción social del individuo–, como cuando se trata de analizar los procesos de construcción de una sociedad –la producción social de la integración–, el operador conceptual que hace funcionar el autor es el de “protección”. Justamente toda la labor genealógica de Castel va directamente al corazón de ese asunto, preguntándose qué significa estar protegido y qué procesos han de articularse en la sociedad moderna para contener los riesgos y garantizar así la existencia adecuada del individuo.

Pero, ¿qué significa estar protegidos, desde la perspectiva de Robert Castel, y cuál es la naturaleza de los soportes que habilitan un resguardo del actor en un mundo cada vez más

incierto? El autor reconoce que han existido diversas modalidades para pensar esta articulación. Primero identifica las protecciones íntimas denominadas *vecinales*, que serían aquellas promovidas por entornos más bien inmediatos y próximos de los individuos. Ese contexto sería propio de las comunidades de vida en que la familia o las vecindades estarían a cargo de la provisión de seguridad para los actores. En este caso, la cobertura del resguardo opera de manera próxima en el sentido de que no habría requerido de intermediaciones gubernamentales especializadas, como el Estado, por ejemplo, pues la provisión de la seguridad para las personas viene de suyo tanto por la pertenencia del individuo a una familia, como debido a que el individuo se encuentra enrolado en un sistema de alianzas en particular. Las protecciones vecinales que identifica Castel formarían parte sustancial de un entramado comunitario con tintes incluso religiosos, cuyo objetivo siempre fue habilitar el ajuste entre la forma de vida de la persona y el sistema de reglas que regulan la vecindad, allí donde es esta última la que provee posiciones sociales estabilizadas para trayectorias vitales más o menos consistentes.

Ahora bien, desde el planteamiento del autor es justamente ese sistema de protecciones vecinales el que progresivamente se va desdibujando con la emergencia de la sociedad moderna y lo que hace que la misma naturaleza de los soportes vaya sufriendo una mutación histórica de máxima relevancia. En efecto, para Castel (1997), el auge de la modernidad habría corrido en paralelo a una preocupación sobre qué hacer cuando justamente los resguardos ofrecidos por la comunidad comienzan a presentarse como elementos extraños en un mundo que cambia, vale decir, cuando la pertenencia a una familia o a un territorio ya no es suficiente para sostener al sujeto. Al respecto, indica Castel, hubo dos modalidades a partir de las cuales se afrontó la experiencia de la modernidad en lo que respecta a la rearticulación de las protecciones para los individuos, una vez difuminado el espacio social vecinal, comunitario y religioso.

Una primera modalidad es identificada en torno a la “propiedad privada”, en tanto que ella habilita un mínimo de seguridad para el actor que se adentra en la sociedad moderna. Promovida sobre todo por el pensamiento político y económico liberal, enfrentar adecuadamente los avatares de una cultura que se distancia de las tradiciones pasó por estar en posesión de recursos, de tierra, de capital, puesto que aseguraban una posición estable del

actor en el mundo (Castel, 1997). Es la figura del *propietario*, dice Castel, la que permitió la contención de las incertidumbres, al tiempo que hizo valer la condición de individuo moderno. Esto quiere decir que el propietario fue quien, en primer lugar, estuvo en posibilidad de llevar una vida al abrigo de los riesgos que inaugura la modernidad. Poseer tierra, detentar recursos y ser dueño de capital fue el primer signo de un actor que salía de las dependencias tradicionales y que lograba adentrarse con relativo éxito en el mundo de las tensiones propiamente modernas.

Una segunda modalidad de protección y soporte surge, indica Castel, en medio de una pronta constatación: si las incertidumbres de la vida moderna colocan en jaque la existencia de tantos actores, es justamente porque la propiedad privada se presenta, en realidad, como un privilegio de unos pocos. En efecto, la constatación genealógica indica que la realidad de vida de la mayoría es más bien la contraria, caracterizada a menudo por una condición histórica de déficit de los elementos que habilitan configurar una posición de propietario. Castel (2010) habla de la proliferación de los ‘desafiliados’, los ‘excluidos’, los ‘marginados’, en medio de una modernidad que emerge potenciando discursos de progreso y libertad, pero que, para la mayoría y en la práctica, solo aparecen como ideales abstractos inalcanzables.

Pues bien, en este contexto, la segunda modalidad de soporte —y es en realidad la que Castel (1997) defiende en su planteamiento— es el que se conoció con el nombre de *protección social*, un tipo de soporte estructural que emerge con fuerza después de la Segunda Guerra Mundial en Europa y que se articuló, sobre todo, alrededor del mundo del trabajo y el Estado social como instancia reguladora por excelencia.

Si el advenimiento de la modernidad coincide con un auge de incertidumbres que impactan fuertemente en las formas de vida de las personas, y si, a su vez, no todos están en condiciones de articular sus resguardos en torno de la propiedad privada, Castel (2010) recrea la historia de cómo se llega a la consideración política acerca de la necesidad de socializar esa seguridad que hasta entonces abrigaba a pocos. En este marco, la pregunta acerca de qué significa proteger y estar protegido se conectó con aquellas relativas a quién debe proteger y quiénes deben convertirse en objeto de resguardo. En este escenario, enfatiza Castel, socializar la seguridad supuso un conjunto de problematizaciones a las perspectivas liberales

concentradas exclusivamente en la propiedad privada, debido a que estas siempre partían de la base de que, en la nueva sociedad moderna que surgía, cada cual debía asegurar su vida gracias a los recursos que individualmente se detentan. También se problematizó la lógica de la asistencia, a menudo vinculada al resguardo de aquellos actores impedidos de trabajar, sobre la base de una racionalidad profundamente filantrópica.

En esta línea, Castel (1997, 2010) enfatiza que socializar el resguardo en un registro diferente al promovido por el liberalismo clásico solo pudo surgir como alternativa una vez que se cambió el foco respecto de quiénes tenían que ser protegidos y quién tenía que hacerlo, vale decir, una vez que se consideró seriamente que el trabajador debía convertirse en sujeto de protección, por una parte, y que era el Estado aquel actor llamado a configurar de manera global el resguardo. El trabajador debía ser protegido, primero, puesto que, en ausencia de tierra y capital, lo único que detenta es su fuerza de trabajo para subsistir, con lo cual no solamente se sostiene él mismo, sino que además alimenta a la sociedad. Asimismo, el Estado debía ser el responsable de la protección en la medida en que se presenta como la única instancia colectiva capaz de regular el conjunto de arbitrariedades y abusos que surgen en el contexto de la relación capital-trabajo, así como frente a los diversos riesgos a los que está expuesto el individuo.

En este marco de consideraciones, la posibilidad de contener los riesgos no solo pasa por generar más trabajo o propiciar el pleno empleo, en el marco de una sociedad que se reconstituía luego de la guerra, sino que supuso proteger integralmente a sus trabajadores, lo cual pasó por la invención de lo que Castel (2010) denomina la *tecnología del seguro social*. Dicha tecnología debía ser promovida tanto como fuera posible por el Estado para alcanzar el objetivo de articular una serie de regulaciones legislativas y jurídicas, inexistentes hasta ese momento, que pusieran al abrigo al trabajador. La tecnología del seguro social debía velar por el resguardo de una relación capital-trabajo en el marco de derechos consagrados jurídicamente. El Estado social, como garante de este derecho, representa para Castel el único actor colectivo capaz de minimizar el conjunto de incertidumbres al que se está expuesto. Vale decir, si el individuo comenzaba a estar sostenido era gracias a que la relación capital-trabajo lograba inscribirse y codificarse en la matriz protectora del Estado social.

Pues bien, Robert Castel (2010) denominó sociedad salarial el momento histórico en que la seguridad para la persona fue socializada gracias a esa tecnología que surgió a mediados del siglo XX y que tuvo al Estado como gran promotor. Esta modalidad para colocar al trabajador bajo resguardo dista bastante de la lógica de la propiedad privada, puesto que valora más bien la *interdependencia* entre actores e instancias institucionales, vale decir, en la medida en que supone que el resguardo del trabajador es al mismo tiempo el abrigo de una sociedad que se da la posibilidad de producir integración social. Por ello, enfatiza el autor, su operatoria en tanto que soporte estructural para el individuo moderno nunca debía operar de manera focalizada, sino universal: toda persona trabajadora debe estar protegida, lo que quiere decir que, en ausencia de propiedad privada, toda persona debe poder ofrecer su trabajo al colectivo, en el marco de una sociedad que al mismo tiempo lo resguarda.

Para Castel (1997), toda esta operatoria para instituir al individuo moderno gracias al trabajo, el Estado social y la tecnología de la seguridad consistió en la articulación sociopolítica de un verdadero engranaje institucional de soportes. Desde su punto de vista, el actor no puede prescindir de soportes para constituirse como individuo de pleno derecho y esos que podían ofrecerse en el marco de la modernidad del siglo XX ya no podían corresponderse con los apoyos familiares o vecinales que habían caracterizado la vida en comunidad; de ahí la relevancia de una relación regulada en la protección del trabajador moderno. Por su parte, la sociedad no puede permitirse no sostener al individuo, puesto que cuando ello ocurre lo que se favorece es su desafiliación de la misma, la desconexión del actor con la estructura.

### **La pluralización de los soportes: la propuesta de Danilo Martuccelli**

De alguna manera, la obra del sociólogo Danilo Martuccelli ha permitido profundizar en la apuesta interpretativa desarrollada por Robert Castel, pero avanzando en una analítica de los soportes que asume las particularidades del tiempo histórico contemporáneo, marcado, entre otras cosas, por un desdibujamiento profundo de los entramados institucionales que habían funcionado para contener la vida, así como por una declinación cada vez más singularizada de las formas que permiten dar consistencia y orientar la acción.

En muchos aspectos, el planteamiento de Martuccelli coincide con el de Castel: primero, se asume que en la época moderna el gran desafío del individuo es lograr ofrecer un mínimo de consistencia en el marco de una sociedad que se transforma aceleradamente; segundo, se

comprende que la misma dinámica de la modernidad presenta este desafío como una prueba permanente, puesto que las incertidumbres y tensiones que afectan a los actores se alimentan sin interrupción; tercero, se participa de la idea de que, si un análisis de los soportes se vuelve una tarea indispensable para la teoría social, es porque en ello se juega la posibilidad misma de ser para el individuo, así como la posibilidad de estructuración de lo común (Martuccelli, 2007). Como Castel, Martuccelli parte de la base de que la sociedad moderna es para el individuo un escenario de ruptura y de escisión, y que no hay concepción de la modernidad sin una representación crítica de las sujeciones de la comunidad; pero también, que no hay individuo más que gracias al conjunto de soportes que habilitan su estar en el mundo.

Sin embargo, la distancia del análisis propuesto en este caso se deja ver cuando Martuccelli enfatiza las singularidades de su perspectiva sociológica. Si Castel ha acertado en sus estudios genealógicos de la sociedad salarial al identificar cómo el Estado social devino en el gran actor capaz de proveer protección al individuo luego de la Segunda Guerra Mundial, con el tiempo, indica Martuccelli (2007), tal aproximación daría cuenta de una concepción restringida de los soportes, insuficiente para examinar las complejas modalidades contemporáneas que son movilizadas para sostener la vida en sociedades que se han transformado sustancialmente. Desde el punto de vista de Martuccelli (2007), si bien relevante, la apuesta de Castel habría quedado restringida en varios sentidos: quedó encapsulada en el análisis del funcionamiento de un Estado social característico de mediados del siglo XX, pero que ha sido progresivamente desmantelado en Europa y otras partes del mundo producto de la implementación de regímenes económicos liberales avanzados. Luego, la concepción de Castel habría quedado demasiado circunscrita al problema de la propiedad privada y la propiedad social, lo que le otorga la máxima relevancia a la dimensión socioeconómica del actor para convertirse en individuo de pleno derecho. Por último, su concepción de soporte sigue respondiendo a una matriz sociológica descendente, piramidal, allí donde los individuos ajustan o no sus acciones a roles específicos que, a su vez, se conectan con dinámicas estructurales institucionales, con lo cual Castel actualizaba, con todo, la clásica representación del *personaje social*: el trabajador formalizado que responde a las dinámicas de la sociedad salarial.

La concepción de Danilo Martuccelli acerca de los soportes se distancia de la de Castel en la medida en que bebe de una tradición sociológica renovada, advertida de profundos cambios sociales. En diálogo con los importantes trabajos de Touraine (1997), Dubet (2010), Berman (2011), Lahire (2004), Kaufmann (2011) y Araujo (2009), Martuccelli (2007) cambia la escala del análisis al defender la necesidad de partir de las experiencias concretas de los actores para pensar el desafío social de sostenerse en el mundo moderno contemporáneo. Desde su mirada, no es un entramado institucional fuerte capaz de estructurar la vida de las personas lo que caracteriza la escena actual y no es solamente la dimensión económica la que habría que considerar para dar cuenta de la relación compleja entre individuo, sociedad y soportes. Tampoco habría que partir, en los análisis, de la perspectiva del personaje social, puesto que ni la sociedad aparece más como un todo armonizado que orienta las acciones, ni el individuo se presenta más como el reflejo de fuerzas sociales institucionalmente cristalizadas. Si el requerimiento de cambiar la mirada es clave en la concepción de los soportes de Martuccelli (2007), es porque desde su lectura el escenario cambió radicalmente en las últimas décadas. La vida social hoy no puede interpretarse si no se parte, justamente, de las ecologías existenciales personalizadas de los individuos (Martuccelli y Santiago, 2017).

Pues bien, Martuccelli (2007) defiende una concepción ampliada de soportes. Su amplitud dice relación con considerar que una diversidad importante de elementos puede operar como sostenes para la vida de una persona y con que su articulación puede tomar densidades y formas diferentes. En esta línea, el esfuerzo de Martuccelli ha consistido en distinguir modalidades de funcionamiento de los soportes. Identifica así aquellos más o menos *invisibles*, los que gozan de *baja o alta legitimidad*, los que funcionan con grados importantes de *ambivalencia* e incluso sostenes que pueden ser considerados como *patologizados* y *estigmatizados*. Si el listado de modalidades y actualización de los soportes no pretende ser exhaustivo ni excluyente entre sí, su examen y distinción habilita profundizar en una conceptualización pluralista de aquello que permite sostener la existencia del individuo en la modernidad contemporánea.

En este registro, un soporte *invisible* es aquel que, formando parte de la vida del actor, este tiene poca conciencia de su presencia y de la relevancia que reviste para el desenvolvimiento

de su vida cotidiana. En este caso, la situación se presenta como si justamente el soporte no existiera, o como si el individuo considerara que para desenvolverse en el mundo no requiriera nada más que su propia y autónoma capacidad de acción. En general, apunta Martuccelli (2007), la invisibilidad de un soporte se encuentra en directa relación con los grados de legitimidad que este tiene para la sociedad y que lo llevan a ser apreciados menos como un elemento exterior sobre el que se apoya la persona para desenvolverse en el mundo que como un recurso actualizado gracias a fuerzas interiores que permiten movilizarlo. En esta primera caracterización, el autor indica que mientras más aceptado por la sociedad es el soporte al que se recurre, menos se aprecia el individuo como sostenido por él desde afuera<sup>3</sup>.

En segundo lugar, Martuccelli (2007) identifica una modalidad de sostenes que denomina *estigmatizantes* y que se presentarían como la cara opuesta de aquellos que operan de forma más invisible. En este registro, justamente por la baja legitimidad social que detentan, los soportes se encuentran sumamente visibilizados, tanto para el actor como para el escenario social en que tienen lugar, aun cuando su visibilidad haga aparecer al individuo no solamente como sostenido desde afuera, sino muchas veces ocupando un lugar de dependencia respecto de aquel recurso que se coloca en funcionamiento. En una sociedad que valora la autonomía y la independencia, que el actor dé señales de estar soportado por algún elemento específico puede inscribirse al interior de una mirada social que lo devalúa, justamente, en tanto que individuo incapaz de presentarse al mundo como actor responsable de sí mismo. En este caso, a menudo por la falta de legitimidad que comporta un recurso, el individuo deviene un actor desacreditado ante la mirada de los demás dada la necesidad que tiene de recurrir a su uso<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Un soporte invisible puede ser, indica Martuccelli (2007), el trabajo o la adicción al trabajo, toda vez que se trata de una actividad absolutamente legitimada por la sociedad y que implica un campo de actores a menudo adecuadamente posicionados en la estructura social. El profesional liberal o el mundo de los ejecutivos, que no percibe su trabajo necesariamente como un soporte que le ofrece grados de consistencia a la vida, aparecen más bien como signo de un recurso personal actualizado por el mismo actor.

<sup>4</sup> Al respecto Martuccelli (2007) coloca su atención en el conjunto de intervenciones sociales que están destinadas a apoyar a los actores más frágiles de la sociedad: pobres, delincuentes, migrantes sin papeles. Si ese trabajo no deja de ser relevante, su materialización como soporte de las personas puede devenir, en efecto, en apoyos *estigmatizantes* si acaso la relación de interacción entre intervenido y agente de la intervención no es desarrollada con los cuidados que requiere. En todo caso, justamente verse en la necesidad de una intervención social que reconduzca el curso de la vida no ha de inscribirse, en nuestra sociedad, como una práctica que informa sobre la autonomía e independencia de la persona, sino todo lo contrario. De ahí su alta posibilidad de conectarse con un circuito de estigmatización haciendo aparecer a la persona siempre bajo tutela de dispositivos gubernamentales.

Este tipo de situaciones se conectan con la modalidad de soportes que Martuccelli (2007) ha referido como *patologizados*, puesto que la misma concepción negativa asociada a la dependencia muchas veces termina inscribiendo a la persona, además, en el registro discursivo de lo anormal o lo peligroso. Vale decir, no solamente se trata, en este caso, de elementos visibilizados negativamente, puesto que gozan de una valoración devaluada en términos de legitimidad social, sino del uso de recursos que hacen aparecer a la persona como un individuo que escapa de los parámetros de normalidad que exige la sociedad<sup>5</sup>.

En tercer lugar, Danilo Martuccelli (2007) indica que los soportes pueden mostrar también grados importantes de *ambivalencia* allí donde un conjunto de tensiones atraviesa a la persona que requiere u ofrece soportes. Estas tensiones pueden ser de diverso orden, desde desear mantener una ligazón fuerte y cotidiana respecto de aquello que genera consistencia y seguridad, hasta el hecho de no poder sentirse más que profundamente irritado por la obligación de participar de ese vínculo que se torna indispensable, sin muchas alternativas a las que recurrir. La ambivalencia se suscita, en este caso, toda vez que un conjunto de sensaciones, afectos y pensamientos tensan la relación con el soporte requerido, tanto si se está en posición de ofrecer los apoyos, como si, en caso contrario, se los recibe<sup>6</sup>.

Como se puede apreciar, la perspectiva de Danilo Martuccelli (2007) imprime pluralidad al examen de los soportes al proponer una diversificación de las modalidades que pueden tomar. No se trata solamente de una versión renovada de elementos que hacen crecer una lista de recursos que habilitan la provisión de consistencia de los individuos en escenarios sociales cada vez más inestables, sino de modalidades específicas de relación al mundo –materiales, simbólicas, institucionales, próximas o lejanas– que pueden diferenciarse según grados de

---

<sup>5</sup> En este caso, un ejemplo de soporte patologizado entregado por Martuccelli (2007) lo constituye el uso recurrente de fármacos de los que se vale una persona para afrontar las exigencias de su vida cotidiana. Si el ansiolítico estabiliza, al mismo tiempo opera como soporte que inscribe al actor dentro de los registros de lo patológico puesto que no ha de poder llevar su vida más que a condición de aquel consumo.

<sup>6</sup> Es lo que acontece, muestra el autor, en torno a la práctica de cuidado que se despliega en apoyo de algún familiar, en especial de personas mayores. Verse involucrado en una práctica de cuidado, como actor que lo provee, no necesariamente responde a una elección personal cuando no quedan más alternativas a las que recurrir. Pero en este tipo de prácticas un amplio mundo afectivo se despierta, lo que da cuenta de sentimientos de ambivalencia. Quien cuida se presenta como un soporte relevante para que el otro pueda incluso seguir viviendo; no obstante, el costo subjetivo, material y afectivo implicado allí no deja de ser alto. Asimismo, la persona mayor que recibe el cuidado ha de estar atravesada por un sentimiento de no encontrarse solo en el mundo, pero, al mismo tiempo, puede verse afectado al apreciar cómo va perdiendo progresivamente su autonomía. Prontamente, por ambos lados, la irritación afecta el vínculo.

intensidad y modos de funcionamiento. De este modo, si en la propuesta de Castel lo que habilita la integración del individuo a la sociedad salarial es la forma del Estado social en general y la tecnología de la seguridad social en particular, en la propuesta generada por Martuccelli el vínculo que liga al actor con la sociedad es mucho más heterogéneo en la medida en que los lazos de interdependencia que favorecen estar en el mundo se caracterizan por su diversidad.

Lo importante de retener en esta diversificación es siempre el modo en que se actualiza el vínculo de sostén y su inscripción en ecologías sociales específicas. En efecto, lo relevante es que estas actualizaciones se aprecian menos dicotómicas y mucho más maleables de lo que puede parecer: si un soporte a veces se inscribe en un registro de invisibilidad importante, ello no quiere decir que no podrá mostrarse con toda su fuerza cuando por alguna razón el soporte se debilite, como cuando acontece la pérdida del trabajo. Pero también, un recurso que genera mucha dependencia puede presentarse, al mismo tiempo, con altos grados de legitimidad, siempre y cuando esa dependencia no termine inscrita en una codificación estigmatizante.

Bien visto, no se trata solo de un cambio en la naturaleza de los soportes identificados en la modernidad avanzada lo que ha llevado a Danilo Martuccelli a defender una concepción menos restringida y más plural en términos de su funcionamiento, sino también una modificación de la perspectiva sociológica desde donde se trabaja, centrada en las experiencias cotidianas de los actores. Desde aquí, el análisis de aquello que provee de consistencia a la persona, y la pesquisa de la modalidad que ello toma en cada caso, es al mismo tiempo un análisis de lo que Martuccelli (2007) denomina ecologías existenciales personalizadas. Son personalizadas, puesto que el sentido de un soporte puede no ser necesariamente el mismo en cada caso, aun cuando el elemento que funciona de sostén presente, aparentemente, la misma forma. Esto quiere decir que no puede leerse un soporte sin inscribirlo en la historia singular de aquella experiencia en que toma forma.

Es ecológica, luego, porque la inteligibilidad de un soporte supone visibilizar todo un entramado de relaciones y vínculos que informan sobre las interdependencias que nos hacen existir y sostenernos. Identificar un soporte y su modo de funcionamiento equivale, para el autor, a dar cuenta de aquello que nos enlaza a otros, tengamos más o menos conciencia de

participar de un lazo social determinado. Existencial, por fin, puesto que el examen de un soporte es al mismo tiempo el análisis de aquello que habilita ser y estar en el mundo moderno en el sentido fuerte de la palabra, vale decir, habitar una sociedad moderna que, desde sus orígenes, irrumpe desafiando al individuo a mantenerse a flote. Si un soporte puede transformarse en un amortiguador existencial de la vida, ello ocurre así, para el autor, porque existir es el gran desafío del individuo moderno. Vivir es una prueba que a menudo se logra afrontar porque el individuo está sostenido (Araujo y Martuccelli, 2012).

### **Crítica del individuo que se sostiene desde el interior: un punto de encuentro**

Como se ha podido apreciar, los aspectos que marcan las diferencias entre la propuesta conceptual de Martuccelli y la de Castel, son importantes. Si en ambos casos una sociología de los soportes se torna una tarea fundamental, los énfasis difieren: Castel no deja de reconocer el Estado como el gran soporte de los soportes que es capaz de proteger al individuo ante las adversidades que impone la sociedad; Martuccelli, por su parte, entiende que el escenario cambió y que las instituciones de lo social tienen un lugar cada vez más acotado en la provisión de recursos sobre los que el individuo puede apoyarse. Castel aún confía en que el individuo podrá gozar de libertad e independencia en la medida en que la sociedad pueda estructurarse sobre la base de la seguridad social, regulada por el Estado, mientras que Martuccelli advierte que la independencia del individuo hoy es siempre relativa y se encuentra a menudo tensionada por y las más de las veces acotada a contextos singulares de desenvolvimiento. Castel enfatiza en la relación capital-trabajo como eje central de su análisis sobre los soportes cuando Martuccelli cree necesario avanzar en el análisis de campos diversos de desenvolvimiento para reflexionar desde allí cuanto más posible la pluralidad de experiencias y ecologías que atraviesan el curso de vida de los individuos.

Ahora bien, si las diferencias conceptuales son importantes, me gustaría destacar un punto de encuentro que, me parece, reúne el planteamiento de los autores y que recorre en ambos las aproximaciones acerca de los soportes, a saber, que lo que en el fondo se problematiza es una representación hegemónica, en el Occidente moderno, que establece que el individuo es capaz de sostenerse desde el interior, sin necesidad de contar con otro. Podríamos decir que en tal problematización radica el centro de la preocupación intelectual de Castel y Martuccelli

en lo que respecta a los modos en que el individuo logra sostener su existencia, a pesar de las distancias que existen entre una y otra mirada conceptual.

En efecto, tanto para Castel como para Martuccelli, una sociología preocupada por el modo en que los actores existen porque son sostenidos implica desmontar conceptualmente la idea de que el individuo moderno afronta su vida cotidiana gracias a la puesta en marcha de recursos interiores, sin necesidad de recurrir a nada más que él mismo. En nuestras sociedades occidentales, esta representación no solo ha sido ampliamente difundida por diversas tradiciones de pensamiento, sino que también ha sido fuertemente defendida por el conjunto de valoraciones sobre el individuo y la sociedad que comunica. Si diversas son las formas que ha tomado esta concepción –de las liberales a las neoliberales– es cierto que a menudo ha funcionado como un imperativo a cumplir. Ser un individuo quiere decir, en este registro, demostrar capacidad para desenvolver la vida ordinaria sobre la base de una serie de cualidades profundamente individualistas: se trata de una persona que se encamina con autonomía, independencia y libertad, todas capacidades consideradas esenciales para sortear de buena manera el vacío estrepitoso que la modernidad impone a los individuos. En el fondo, el individuo de la modernidad debe presentarse como el antónimo radical de aquel que habita una vida en comunidad, es decir, debe presentarse como dueño y señor de sí, ávido de llevar una existencia alejada de las coerciones tradicionales que lo sujetan y lo vuelven dependiente, y desde donde ha de avanzar, una vez liberado, a la saga de la conquista del mundo.

Para Danilo Martuccelli, esta representación soberana del individuo atraviesa tradiciones de pensamiento diversas, desde aquellas perspectivas democráticas que valorizan el ideal de igualdad entre las personas, hasta aquellas más bien aristócratas, donde el reconocimiento supremo del individuo que se sostiene desde el interior se comunica por el lado de la virtud de los mejores, es decir, por el lado de aquellos que se imponen frente a los que no lo son. Por un lado, Martuccelli (2007) indica que el ideal moderno de igualdad entre personas solo puede articularse si antes se supone, conceptualmente, un mundo hecho a imagen y semejanza de individuos autónomos en términos políticos e independientes respecto de los demás: la igualdad política, para funcionar, supone una fisión preliminar entre los actores. Desde aquí, por ejemplo, la soberanía de un pueblo solo puede cobrar realidad en la medida en que se presenta primero como expresión de la soberanía del individuo sobre sí, que fabrica

al mismo tiempo una distinción respecto de los demás. Por otro lado, la conducción aristocrática de la sociedad es aquella que se erige sobre la configuración de un individuo fuerte, contenido, siempre autorregulado en sus pasiones, que logra imponerse frente a los otros en el marco de una sociedad que debe conquistar. En ambos casos, indica Martuccelli (2007), lo que se actualiza es una representación heroica del individuo y conquistadora de la sociedad.

Por su parte, si bien Robert Castel (2010) ha argumentado que esta representación valorizada del lugar central del individuo es consustancial al surgimiento de la modernidad, su problematización es emprendida justamente en el momento histórico en que las protecciones estatales que acompañaron la sociedad salarial se desdibujan progresivamente. Es con el auge de la modernidad, dice Castel, que los ideales de libertad, independencia y autonomía operan como valores centrales, pero es solo con el declive de la sociedad salarial que se aprecia una actualización radical de la representación del individuo soberano de sí. A esta figura histórica, Castel la denomina *individuo por exceso*, y diversas son las características que le atribuye: se trata, desde su punto de vista, de un individuo incapaz de dar cuenta del conjunto de referentes externos que lo movilizan y sostienen; se presenta como un actor vaciado, en su representación de sí mismo, del cúmulo de condicionantes objetivos que le permiten estar en el mundo; se trataría de un actor desconectado y descomprometido con el mundo que lo rodea, las más de las veces encerrado en su interioridad. El individuo por exceso operaría como sujeto y objeto de su propia preocupación: él se presenta como un fin en sí mismo.

En esta caracterización, Castel no escatima palabras críticas para dar cuenta de aquella figura que, sin duda, rechaza, puesto que augura una crisis de los soportes estructurales que le interesa defender: se trata de un individuo que cree tener en sí mismo los soportes necesarios para garantizar su independencia, puesto que en realidad no tiene mundo del que preocuparse; ignorando que vive en sociedad, participa de la idea de que no necesita a nadie más que a sí mismo para llevar la vida. En este registro Castel (1997) es elocuente: además de los valores de autonomía, libertad e independencia que fueron promovidos como mandatos culturales en la modernidad primigenia, el declive solipsista de este individuo por exceso informa de una hipervaloración por la *autosuficiencia*, allí donde cualquier aspiración colectiva o de

preocupación por el otro desaparece, considerándose a sí mismo como único recurso que debe cuidar.

Pero la problematización que reúne a Castel y Martuccelli respecto de aquella representación del individuo que se sostiene desde el interior informa de un punto complementario de encuentro, sin duda importante para comprender lo que está puesto en juego en el análisis de los soportes que cada uno, a su turno, ha ofrecido: que tal concepción no solo ha quitado centralidad a consideraciones exteriores de sostenimiento de la persona, sino que, junto con ello, ha funcionado como un ideal que produce, en la teoría y en la práctica, sus propias contrafiguras, a menudo devaluadas por la sociedad. Como nos recuerda Martuccelli (2007), si el individuo que se sostiene desde el interior ha sido identificado históricamente con el hombre blanco, adulto, trabajador, heterosexual, calculador razonable, las contrafiguras que esta misma matriz ha recreado en diferentes momentos estarían asociadas a la mujer, las personas de color, los niños, las personas mayores, los sin trabajo, los migrantes, las disidencias sexuales, los delincuentes, es decir, contrafiguras que se vinculan con el amplio abanico de sujetos que han quedado inscritos en los registros de las “vidas infames”, tal como lo advirtió Foucault (1990) en sus genealogías.

Para Martuccelli, estas serían contrafiguras o alteridades siempre devaluadas a lo largo de la trayectoria de la modernidad, en la medida en que cada uno de estos sujetos no puede, en su representación, presentar el carácter de individuos. Al contrario, para todos ellos, es el registro de la falta lo que los caracteriza: falta de autonomía, de independencia, de razón, de fuerza interior y, por supuesto, de libertad para conducir la vida. De este modo, es la misma representación hegemónica del individuo soberano de sí la que ha negado cualquier atisbo de modernidad a estas contrafiguras de alteridad. En el fondo, cada uno de estos sujetos terminará siendo considerado siempre menos que un individuo, pues presentan, de manera radical, la forma de la dependencia y de la anormalidad. En el análisis de Castel (2010) estas contrafiguras toman el nombre de *individuos por defecto*, vale decir, una amplia gama de actores sociales que, en las sociedades contemporáneas, se encontrarían atrapados en el problema de no poder constituirse en individuos por derecho propio. No solo carecen de recursos económicos para sostenerse en la vida –propiedad privada– y están desconectados de los registros de la seguridad que provee el Estado –propiedad social–, sino que la sociedad

no habría producido para ellos un motor socioexistencial que permita movilizarlos y desarrollarse. Estos individuos por defecto habitan el mundo de la desafiliación respecto de la estructura social. Viven al día –dice Castel (2010)– sin posibilidad de vincularse con anclajes exteriores y sin lograr responder a iniciativas que establezcan su presente o proyecten su futuro.

### **Consideraciones finales**

El recorrido trazado en este texto ha permitido adentrarnos en el problema sociológico de los soportes desarrollado en los planteamientos de dos importantes sociólogos contemporáneos: Robert Castel y Danilo Martuccelli. El examen de ambas perspectivas habilita identificar puntos de aproximación y diferencias entre los autores, las cuales, sin embargo, se inscriben en un mismo empeño intelectual: aprehender el modo en que la sociedad produce al individuo contemporáneo y sus alteridades devaluadas, al mismo tiempo que reconocer el modo de funcionamiento de una sociedad que promueve, en la visión de uno y otro, un conjunto de tensiones y desestabilizaciones que ponen a prueba al individuo.

Si el punto de partida ha sido el reconocimiento de que no hay individuo sin soportes, un primer aspecto ha sido vincular este problema con el advenimiento de la época moderna, es decir, con un trasfondo político, social y cultural que se presenta como verdadera experiencia que interpela al individuo. Desde el punto de vista de los autores, la pregunta por cómo los actores dan consistencia a su vida se presenta al mismo tiempo como una interrogación por el devenir de la sociedad moderna, en la medida en que esta se entiende, antes que todo, como aquel momento histórico que instala un vacío en las personas y que se manifiesta con intensidad a nivel de su vida cotidiana. Tal vacío, a veces leído como una ruptura con el tiempo pasado y otras como una refundación del presente, no indica otra cosa que el hecho de estar en presencia de modos de vida que se desdibujan y otros que lentamente comienzan a emerger: la comunidad, inscrita en los registros de la tradición, progresivamente se desdibuja en provecho de la sociedad, allí donde el individuo intenta encontrar, no sin dificultad y no sin tensión, nuevos recursos para sostenerse.

Ante la pregunta por cómo el individuo desenvuelve su existencia con algún grado de consistencia, tanto Castel como Martuccelli responden por el lado de los soportes. Para el primero es la propiedad social –el Estado social, la socialización de la seguridad– lo que logra apuntalar al actor ayudándole a construirse como individuo de pleno derecho. Para el segundo, el conjunto de elementos sobre los que se vale la persona para sostenerse toma modalidades plurales, sobre todo en escenarios en que se aprecia un declive del papel de las instituciones como dispositivos de apuntalamiento e individuación. Si en un caso es el Estado social el gran soporte de los soportes, en el otro, ese recurso lo pueden constituir las interacciones cotidianas que se suscitan en el barrio, la relación en el trabajo, el uso de fármacos e incluso las prácticas de cuidado que se ofrecen o reciben.

Por supuesto, la diferencia en los énfasis no debe considerarse como un asunto menor puesto que implican concepciones diferentes de la sociedad y del modo en que el actor se relaciona con ella. Para Castel es el Estado social y su sistema de protección lo que ha permitido forjar procesos de integración gracias al soporte estructural de la seguridad para los trabajadores de la sociedad salarial; para Martuccelli, la sociedad contemporánea se presenta siempre como un desafío a enfrentar por los actores, quienes a menudo son puestos a prueba, justamente, para dar señales de legitimidad de su existencia. En un caso, la lectura sigue elaborándose desde la configuración estructural hacia el individuo, mientras que en el otro es solo partiendo de la experiencia cotidiana del actor que una aprehensión de la sociedad puede desarrollarse.

Ahora bien, me gustaría reforzar que es, quizás, en el cruce de los planteamientos donde radica la riqueza de la sociología de los soportes que nos proponen Castel y Martuccelli, incluso más allá de sus diferencias. En efecto, cómo no reconocer en el análisis de Castel un llamado profundamente pertinente para pensar nuestras realidades latinoamericanas, allí donde si el lugar del Estado ha ocupado un sitio siempre más bien intermitente, más o menos difuso desde el punto de vista de su realidad fáctica, también es cierto que ha operado, dentro del imaginario sociopolítico latinoamericano, como una representación de protección, más o menos disputada, más o menos definida, por distintos actores. En diferentes momentos, para la región, producir una buena vida pasa, en efecto, por contar con un Estado fuerte y protector. Este aparece entonces como anhelo, como deseo de soporte estructural. Y si la preocupación de Castel coincide con un momento histórico en que el Estado social se ve cada vez más

debilitado en Europa, ¿qué pensar al respecto desde un lugar como Latinoamérica, donde su acotado rango de acción en tanto que soporte estructural ha sido más bien la historia recurrente y no la excepción?

En la misma línea, es difícil no apreciar en el análisis de Martuccelli un llamado a examinar una sociedad latinoamericana donde los soportes han estado a menudo vinculados a las relaciones sociales, a los vínculos interpersonales, a prácticas relacionales de diverso orden, allí donde la mediación institucional ha operado a menudo bajo un manto de sospecha. Si muchos vínculos con el otro han forjado modalidades heterogéneas para sostener la vida en la región, ello ha sido muy a pesar de las diferentes actualizaciones institucionales, de los Estados y, por supuesto, de los gobiernos de turno.

Sin embargo, en el cruce de los planteamientos se juega, a mi modo de ver, la relevancia de una perspectiva sociológica dispuesta a examinar el vacío que comportan nuestras sociedades latinoamericanas actuales. Una manera posible, como hemos visto, es profundizar en el análisis de los soportes, que es otro modo de visibilizar lo común.

## **Bibliografía**

Araujo, K. (2009). *Habitar lo social: Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. LOM.

Araujo, K. & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes: Retrato de la sociedad chilena y sus individuos* (Tomo 1). LOM.

Alvaro, D. (2015). *El problema de la comunidad: Marx, Tönnies, Weber*. Prometeo.

Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Paidós.

Berman, M. (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI.

Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*. Paidós.

Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres: Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Fondo de Cultura Económica.

Casullo, N., Forster, R. & Kaufman, A. (1997). *Itinerarios de la modernidad: corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Eudeba.

Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Universidad Complutense de Madrid.

Foucault, M. (1990). *La vida de los hombres infames: Ensayos sobre desviación y dominación*. La Piqueta.

Foucault, M. (2008). *Seguridad, territorio, población*. Akal.

Habermas, J. (1984). *Ciencia y técnica como "ideología"*. Tecnos.

Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo: La sociedad a escala del individuo*. LOM.

Martuccelli, D. (2013). *Sociologías de la modernidad: Itinerarios del siglo XX*. LOM.

Martuccelli, D. & Santiago, J. (2017). *El desafío sociológico hoy: Individuo y retos sociales*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Kaufmann, J.-C. (2011). *Cuerpos de mujeres, miradas de hombres: Sociología de los senos desnudos*. LOM.

Lahire, B. (2004). *El hombre plural: Los resortes de la acción*. Bellaterra.

Rosa, H. (2011). Aceleración social: Consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada. *Persona y Sociedad*, 25(1), 9-49.  
<https://doi.org/10.53689/pys.v25i1.204>

Soulet, M.-H. (2005). Reconsidérer la vulnérabilité. *Empan*, 60(4), 24-29.  
<https://doi.org/10.3917/empa.060.0024>

Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos?: Iguales y diferentes*. Fondo de Cultura Económica.

Tönnies, F. (1947). *Comunidad y sociedad*. Losada.